

OKUPADA

Care Santos

ALBA joven



OKUPADA

CARE SANTOS

Apéndice de: Toni Montesinos Gilbert

ALBA

ALBA Joven

© Care Santos, 1997

© del apéndice: Toni Montesinos Gilbert

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: septiembre de 2016

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-254-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

*Para los integrantes del taller literario
de La Unió, en Teià.
Antonieta Lladó,
Martí Casals,
Josep Lluís Soler,
Coro Perales
y Yolanda Sánchez.
Sin olvidar a Olimpia, Ana,
Remedios y Cecilia.
Ni, por supuesto,
a Teresa Casals.
A lo largo de varios años,
ellos me han regalado mucha literatura.
Con este libro,
sólo quiero devolverles una parte.*

*Me siento ya una casa enferma, una casa leprosa.
Es necesario que alguien venga
a recoger los mangos que se caen
en el patio y se pierden
sin que nadie les tiene la dulzura.
Es necesario que alguien venga
a cerrar la ventana
del comedor, que se ha quedado abierta,
y anoche entraron los murciélagos...
Es necesario que alguien venga
a ordenar, a gritar, a cualquier cosa.*

Dulce María Loynaz
Últimos días de una casa

INTRODUCCIÓN KLARIFIKADORA

Kerido lector:

Ésta no es una historia corriente, en ningún sentido. No es una de esas novelas aburridas en las que un adulto me- mo que se cree de vuelta de todo intenta contarte de qué va la película y te da lecciones de urbanidad, educación, moral y a veces de cosas todavía más aburridas. Ni somos adultos ni tenemos ganas de serlo. Somos ciudadanos li- bertarios, antiautoritarios, revolucionarios, pacifistas, con- trarios al sistema y casi mayores de edad, aunque esto últi- mo no nos preocupa demasiado, como casi nada que de- penda de las leyes que dicta el poder establecido. Lo que vas a leer es algo que nos ha pasado en los últimos meses, una aventura mejor que *La guerra de las galaxias*, aunque mucho más verídica y sin posibilidades de reestreno, por- que lo que vas a leer le ha sucedido a gente de tu misma edad y porque algunas de las consecuencias de lo que pa- só son irreversibles.

Como somos asambleariamente correctos, ésta es tam- bién la primera novela consensual y democrática que se ha escrito jamás, porque hemos decidido que te la vamos a contar nosotros, quienes la vivimos intensamente, quienes, por lo tanto, la conocemos mejor que nadie. No estamos de acuerdo con esos narradores cretinos que a menudo aparecen en las novelas, que son uno solo y que fingen sa- berlo todo de todo el mundo, narradores oligárquicos, ma- nipuladores y fascistoides. Y tampoco queremos delegar la responsabilidad de los hechos en nadie ajeno a ellos. Por eso, ésta es una novela a muchas voces. Bueno, la verdad es que no todos los protagonistas de la historia están en

condiciones de contar lo que pasó, como averiguarás más adelante (porque no queremos ni éste es el lugar para avanzar información).

Deseamos, antes de empezar, que quede claro que no pretendemos comerle el coco a nadie. La gente es libre de pensar a su manera, siempre y cuando no vaya por ahí tratando de inculcar sus ideas a los demás. Así que si hay alguien que desconfía de nosotros o nos cree un peligro para sus hijos o para la sociedad, preferiríamos que se abstuviera de leer nuestras intimidades.

Y nada más, kolega. Pasamos a la acción.

Que nuestro relato te emocione y te divierta.

Ke la fuerza te akompañe.

ALMA

Hace sólo unas semanas me fui de casa. Necesitaba independizarme. Me marché un domingo del mes de junio, el segundo día de vacaciones, después de una larga conversación con mis padres durante la cual traté de explicarles mis razones y ellos de convencerme de que no me largara. Podríamos decir que fue un intercambio bilateral y pacífico de opiniones y que los tres presentíamos el resultado: ni ellos iban a convencerme de que me quedara ni yo iba a lograr que entendieran mis motivos para no querer hacerlo. Entre otras cosas, porque mis padres no son los de Kike, que vivieron el Mayo del 68 coreando las mismas consignas que ahora grita su hijo y, en el fondo, aunque digan que ha llovido mucho desde aquello, aunque se hayan comprado un coche de más de cuatro millones y veraneen en El Port de la Selva porque no pueden aguantar el calor de la ciudad en agosto, les queda todavía un poso de nostalgia romántica para confiar en su primogénito con el orgullo de la sangre que ve repetir su historia.

Mis padres son otra cosa. Para empezar, se conocieron en el club de golf un domingo de Ramos. Con ese principio, qué se podía esperar de ellos. Además del golf, mi padre era desde joven aficionado a otros entretenimientos inútiles, todos muy sociales y muy vistosos: el polo, la hípica, las carreras de caballos y la náutica. La náutica es su gran pasión. Dice que ahora prefiere la vela, pero en aquellos años era un fanático de las lanchas de motor. Tuvo tres (lanchas) antes de conocer a mamá. Ya la cuarta le puso el nombre de mi madre: *Laura*. Laura era, antes de convertirse en señora de Izquierdo, una estudiante de Filosofía y Letras

especializada en Egiptología bastante aplicada, aunque ya le gustaba mucho jugar a la canasta con sus amigas -que todavía conserva- y asistir a la ópera al menos una vez al mes, dos entretenimientos que acabaron por alejarla de sus estudios superiores. Tomaba clases particulares de inglés, esquiaba, una modista de confianza le hacía los trajes a medida y nunca faltaba al baile que todos los años se celebraba en el Club Náutico.

Papá vivió hasta los treinta años en la casa que los abuelos tenían en una zona pija de Barcelona. Mamá vivió en Alicante, con sus padres, hasta los veinte. Luego se casaron en el monasterio de Pedralbes y se fueron de luna de miel a Río de Janeiro, todo un lujo en una época en que los recién casados aspiraban, como mucho, a Palma de Mallorca, aunque la mayoría se tuviera que conformar con un viaje en tren de Barcelona a Madrid en un romántico coche-cama en plan chucu-chucu-pi-pi toda la noche. Cuando volvieron de Brasil se instalaron en la casona de San Gervasi que mis cuatro abuelos, puestos de acuerdo por primera y última vez en la vida, les regalaron para celebrar la boda, y en la que durante años vivimos Tobías y Laura -mis padres-, Lidia -mi hermana pequeña-, Raf -el perro de la familia (que era de todos menos de mi hermana)- y el gato de Lidia, *Spirit*. Y yo, que me llamo Alma porque una vez mi padre vio una película en la que salía una chica con ese nombre y se quedó prendado de él. La casa era tan grande que ni siquiera cuando vivíamos en ella seis personas conseguimos llenarla, y siempre quedaban habitaciones esperando que alguien hiciera algo con ellas. Durante un tiempo vivió con nosotros Basilisa, una chica extremeña que no sabía leer y a la que mi madre le enseñó, como quien hace una buena obra, en sus ratos libres. Mamá decía que había contratado a Basilisa para que la ayudara en las tareas de la casa, pero la pura realidad resultó ser que era Basilisa la que hacía, ella sólita, toda la faena sin que nadie le echara una mano, mientras mamá jugaba al tenis y acompañaba a mi padre a todas sus reuniones siempre estrenando traje. Por cierto, se

me olvidaba decir que mi padre dirige las empresas de mi abuelo paterno, que fundó en su día un imperio inmobiliario y que se jubiló a los cincuenta años. Mi madre nunca tuvo ocupación conocida, aunque a lo largo de la jornada no le quedaba ni una hora para leer. Ése era el penoso resultado de tanto té con las amigas, tanta peluquería, masajista, pedicura, cenas con los clientes de mi padre, galas benéficas a favor del Liceo y torneos de canasta que abarrotan su agenda de mujer casada. Ya me diréis si con semejante historial familiar podía aspirar a que mis padres me entendieran cuando les dije que quería prescindir de todo ese entorno de cuento de hadas en el que ellos vivían como pez en el agua y buscarme la vida a mi aire y con mi gente.

La pregunta a ese comentario era de esperar y llegó de inmediato:

-¿Eso quiere decir que nosotros no somos *tu gente*? -preguntó mi padre, con la más severa de sus expresiones.

-Mmmm... -pensé un momento una respuesta delicada que darle-. Quiero decir -dije- con gente de mi edad.

Pareció serenarse.

-¿Y dónde vais a vivir? -preguntó.

-Kike ha encontrado una casa muy chula por aquí cerca -expliqué.

-¿Por aquí cerca? ¿Dónde? -quiso saber mamá, que hasta ese momento no había abierto la boca.

-En la calle Muntaner.

-¿En la calle Muntaner? ¿A qué altura de la calle Muntaner? ¿Sabes la cantidad de dinero que vale alquilar una casa en la calle Muntaner? -me interrogó mi padre, que conocía bien el tema.

-No pensamos alquilarla -repuse.

-¿Cómo que no pensáis alquilarla? -se notaba que aquella respuesta no encajaba en sus directrices-. ¿Qué pensáis hacer, pues?

-Nada -me encogí de hombros-. Instalarnos allí. Está abandonada hace más de veinte años.

-¡Cielo santo! -exclamó entonces mi madre, tapándose la cara con las manos.

-Eso que dices es una barbaridad -opinó mi padre-. Esa casa es una propiedad privada. No podéis meteros en ella así como así.

-La propiedad privada tiene en nuestro ordenamiento jurídico un uso social. Lo dice la Constitución -argumenté, y noté cómo mis palabras surtían el efecto deseado: dejar a mis padres atónitos.

-¿Y si el propietario ha alquilado la casa? -preguntó mi padre.

-No lo ha hecho. Hace veintisiete años que no hace nada con ella.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Kike fue al Registro de la Propiedad. Lo sabemos todo. La propietaria es una señora de ochenta años que vive en Martorell. No va a volver jamás a la calle Muntaner, si es que algún día vivió allí. Además, la casa está casi en ruinas. No podría habitarla.

-Pero vosotros sí pensáis hacerlo -dijo mi padre.

-Nosotros somos jóvenes. Arreglaremos los desperfectos, limpiaremos un poco y la adaptaremos a nuestras necesidades.

Mis padres parecían haber llegado al límite de su aguante.

-Pero, ¿qué necesidades son ésas? ¿Qué coño de necesidades han de llevarse a cabo en propiedad ajena? ¿Con cuánta gente vas a meterte en esa ruina?

Me levanté, muy serena, dispuesta a darles todas las explicaciones que me pedían y ni una más.

-Pensamos organizar talleres. Yo daré clases de aeróbic. Nuestra casa será un lugar libre, donde cada uno de nosotros podrá expresarse con total libertad. De momento, somos ocho personas, pero acogeremos a cualquiera a quien le apetezca vivir con nosotros. La libertad es lo más importante.

-La libertad... -repitió mi padre sin poder creer lo que estaba oyendo-. ¿Esta casa no es un lugar libre?

Antes de marcharme, entré en mi habitación a recoger lo indispensable, lo único que deseaba llevarme. Mi hermana escuchaba un disco de Sergio Dalma tumbada sobre su cama. Nada más verme me regaló una amplia sonrisa. Recogí mis cosas: media docena de bragas, mi radiocasete con auriculares y todas las cintas de Desmond Dekker -las tengo todas, hasta las primeras que sacó durante la década de los sesenta-. Cuando pasé frente a la salita, me pareció ver a mi madre llorando y a papá abrazado a ella, solícito, tratando de consolarla.

-Ya volverá cuando se canse -me pareció que decía.

Cuando cerré la puerta a mis espaldas tuve la sensación de que nunca más pisaría aquella casa, repleta de muebles de anticuario y de cornucopias doradas. No me equivoqué, aunque en ese momento no podía prever todo lo que vendría después. Y mucho menos, lo de Kifo.

Conocí a Kifo en el bar que hay al lado del instituto, una mañana en que Beatriz y yo habíamos decidido campanear un poco y perdernos una clase aburridísima de Matemáticas. Pedimos unas birras y nos sentamos en una mesa del fondo, junto al billar, nuestro entretenimiento favorito durante las campanas, a esperar a que quedara libre (dos tíos, uno alto y delgado y otro bajito y regordete, se estaban marcando una partida que no tardarían demasiado en terminar, a juzgar por las pocas bolas que quedaban sobre el tapete verde). Llevábamos un buen rato criticando a las asociaciones de padres de alumnos, a los profesores, a los ideólogos del sistema educativo, a la ministra de Educación y Cultura y a todos los que nos obligan a pasar, año tras año, por ese trance abominable de los exámenes finales, cuando Beatriz me interrumpió de pronto:

-A ese tío le conozco -dijo, mirando a los chicos del billar, que acababan de empezar otra partida-. Juraría que es Enrique.

Les observé mientras Beatriz se levantaba y caminaba hacia ellos.

-¿Enrique? -la oí preguntarle al bajito.

Él le dirigió una mirada vacía, una de ésas que se reservan para las personas a quienes no crees conocer de nada y que te abordan de pronto.

-Soy Beatriz -dijo mi amiga.

-¿Beatriz? -él no parecía comprender gran cosa.

-¡Pienso ofenderme si me dices que no te acuerdas de mí o que ha habido muchas Beatrices en tu vida!

-¡Beatriz! -reaccionó al fin, con gran alegría por cierto, el tal Enrique-. ¡Cómo has cambiado!

El otro muchacho, abandonado de pronto junto a su taco de billar, me dirigió a mí una sonrisa burlona. La escena que nuestros amigos estaban protagonizando parecía sacada de una película sin presupuesto para el guión. Por cierto, que el amigo del amigo de mi amiga no estaba nada mal.

-¿Qué has hecho todo este tiempo? -le preguntaba ahora Beatriz a Enrique.

-Uf... -resopló él- sería largo de explicar. Mira -señaló hacia el otro-, éste es mi amigo Kifo -dijo, como si esa presentación improvisada contestara de alguna manera a la pregunta que acababan de hacerle.

-Hola, ¿qué tal...? ¿Cómo narices dices que se llama? -La delicadeza nunca ha sido la mayor virtud de mi amiga.

-Kifo -se apresuró a contestar Enrique.

No puedo negar que cada vez me divertía más aquella escena.

-¿Y qué nombre es ése?

-Sólo Kifo -respondió el alto y guapo-, ¿no te basta?

-Sí, sí -repuso ella, un poco cortada.

Se besaron, lo típico en estos casos. Ya sabéis: hola, hola, muaca, muaca.

-¿Y tu amiga? ¿Es tímida? -imprecó Kifo, volviendo a mirarme, divertido.

-Alma -Beatriz, más que llamarme, parecía pedir socorro. Acudí a socorrerla-. Ésta es Alma -dijo- Y ellos son Enrique y...

-Kifo -recordó Kifo.

-Hola Kifo -y de nuevo: muaca, muaca.

-Hola Enrique.

-Mejor Rike, con ka -dijo el que hasta entonces había sido Enrique con qu.

-¿Con ka? -se extrañó Beatriz.

-Ésa es una de las cosas que he hecho en este tiempo: soy okupa -le comentó a mi amiga, con cierto tono pelicularo, como si llevaran sin verse una eternidad.

-¿Por qué no me pones al corriente? -le pidió ella, fascinada por sus palabras y como si en realidad le interesaran mucho.

-Juegas a billar, Alma? -exclamó de pronto Kifo.

-Un poco -contesté.

-Pues dejemos a ese par que se cuenten sus cosas mientras tú terminas la partida conmigo. ¿Os parece bien?

Nos pareció bien. Beatriz y Rike con ka se sentaron en la mesa frente a otro par de birras y yo traté de no mirar más a Kifo que a las bolas de billar, si es que quería hacer un papel digno en aquella partida, aunque debo reconocer que los ojos se me escapaban del tapete hacia mi contrincante con demasiada frecuencia. Era uno de los tíos más guapos con los que he tropezado. Su belleza tuvo la culpa de que aquella tarde jugara rematadamente mal y perdiera todas y cada una de las siete partidas en las que nos enzarzamos, mientras nuestros dos amigos se reían y se contaban sus vidas, cada vez más borrachos, frente a una docena de birras vacías, y mientras en el instituto nos apuntaban a Beatriz y a mí una ausencia no justificada los profesores de (por este orden) Física y Química, Latín, Literatura e Historia. Llegué media hora tarde a comer y les conté a mis padres que el tutor de mi clase nos había entretenido con unos útiles consejos de cara a los exámenes finales. Durante la comida estuve más callada que de costumbre. Mi padre ni lo notó.

Como siempre, se pasó el rato conferenciando sobre sus últimas adquisiciones a precios de ganga. Mamá le escuchó, también como siempre, sin pestañear, interviniendo sólo para cuestiones concretas: si alguien quiere más filete, se ha estropeado la tele grande, mañana viene la abuela... cosas así. Pero después del postre, antes de que papá se fuera a hacer su siesta de veinte minutos exactos, mamá me preguntó, delante de toda la familia:

-¿Qué te pasa, Alma? Has estado muy callada.

-Nada... -mentí.

-¿Ha ido bien en el colegio? -preguntó de nuevo.

-Claro... -mentí otra vez.

Mamá me acarició el pelo.

-¿Seguro que no pasa nada? -fijó sus ojos grises en los míos, como siempre que no se creía lo que le estaba diciendo.

-Seguro... -contesté por última vez, pero no pude aguantar su mirada.

Mamá no se creyó que no me pasara nada. Hizo bien, porque no era cierto. Me pasaba algo terrible: acusaba los primeros síntomas de un enamoramiento galopante. De repente y sin proponérmelo, de una manera tan imbécil que casi me parecía mentira, no podía dejar de pensar en Kifo.

Cuando Beatriz y yo llegamos a la casa de la calle Muntaner, la okupación ya había empezado: Kifo y su amigo ya estaban allí desde hacía algunas horas, junto con otras tres personas más, a las que muy pronto conoceríamos. Con nosotras, la familia okupa contaba con siete miembros. Aún no había aparecido Mustafá, pero ya no tardaría en unirse al grupo. Mustafá no era su verdadero nombre; en realidad se llamaba Tareq Al-Awhabb y era kurdo, musulmán y morrenito, pero decidimos buscarle un apelativo menos complicado. Fue Kifo el que le bautizó como Mustafá, y a Tareq no le pareció mal. En algunos momentos, nuestra casa pareció una réplica a escala reducida de la Torre de Babel, porque además de Mustafá, la colonia internacional -todos ellos ilegales, sin papeles o con problemas políticos- llegó